AÑO XLIX — Sábado 18 de Noviembre de 1909 — NUM. 14.887

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 íd.—En el Extranjero: Tres meses, 10 íd —Número suelto, 0'10 cts.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, *Mr. A. Lorette*, 14, rue Rougemont; *Mr. Jhon F. Jones*, 31 Faubourg Montmartre.

La correspondencia al Administrador

CUENTO DEL SÁBADO

LA TRILLA

Allí está la era; por medio de la viña verde y mullida se llega á ella por angosta vereda, en cuyos bordes los cardos de penetrantes pinchos crecen lozanos; abierta al Occidente, y cerrada al Oriente por la línea de colinas que terminan un poco más allá, dejando ver el mar, en cuya azul y plana superficie vese, como pañuelo que se agitara saludando á la tierra, la vela triangular de algún falucho costeño. Por detrás, y allá á lo lejos, aparece la masa informe del 'rasatlántico que se marcha dejando una espesa espiral de humo gris, y por aquel pueblecillo es por donde penetra el viento que ha de hacer levantarse la paja de los viergos al tiempo que el grano cae limpio y brillante, *formando geométrica pila* La tarde desciende, el sol se va hundiendo poco á poco tras los llanos, y ya los mozos, encargados de *echar la parva*, comienzan á moverse y á quitar los *atados* para dejar que la gavilla se desparrame sobre las piedras pizarrosas de la era; por el camino que de la finca viene se ve á Antonio Chaves con la escopeta al hombro, pausado y pensativo, y ya en los cortijos próximos las mozas se visten las almidonadas enaguas, preparándose para ir en el trillo, sujetas á la cintura de algún Hércules de los campos, de algún triliador experto.

Antonio Chaves, *el Cortijerito*, llega á la era; saluda á los demás con un ronquido profundo, y tirando la escopeta sobre las gavillas, se sienta en el *balate* cercano, saca una petaca de cuero color de grosella, y empieza á liar en el indispensable de Layana el cigarrillo de contrabando. Los trabajadores siguen echando gavilla sobre gavilla, desparraman las espigas con los pies y caen algunos grapos, que, al meterse por el entrejido de las mieses inferiores, semejaban querer perderse bajo su sombra bienhechora; ya las piedras no se ven y la era semeja gigantesca hogaza con las doradas espigas distribuidas, descuidada y artísticamente por su plana superficie. Entonces uno de los mozos quita las trabas á los mulos que pacen en el rastrojo próximo y los llevan á la era tirando de los ramales con displicencia, mientras canturrea las melancólicas notas de las murcianas; al llegar allá, los acaricia rascándoles la frente, á lo que contesta el *Gallardo* y el *Torillo* con dos relinchos cortos, como si dijéramos con dos saludos de confianza; ata al bocado de uno una corta cadena, que sujeta al del otro, y uniendo los largos cordeles á las anillas del trillo, espera órdenes, volviéndose á su amo.

El *Cortijerito*, como le llaman en el partido por su juvenil edad, anda pensativo; no separa la vista de la hacienda, que, rodeada de altas chumberas y artísticos rosales, se divisa á lo largo por cima de las colinas, y parece que sobre el seto vivo de la cerca se divisa algo conocido, algún recuerdo dulce que le hace temblar de ansia por volverlo á ver y que lo trae inquieto, moviendo y removiendo los pies de gato de la escopeta, y echando cigarro tras cigarros, unos cigarros gruesos que se quemaban desigualmente, dejando un residuo de papel amarilento, que hacía oscilar la brisa leve de la tarde Contestó al mozo diciéndole que esperara, y le tiró la petaca para que entretuviese el tiempo; lió él otro y púsose á charlar con su amo. Este se levantó de pronto al ver venir lo que esperaba; unos vestidos claros que descendían al carril y se acercaban á la era, llevando sus dueñas los abanicos á la altura de la frente para resguardar los rostros del sol, que quemaba de veras.

—Allí vienen las señoritas de *Madri*—dijo el mozo mirando de reojo á Antonio Chaves.

—Bueno, ¿y qué?

—*Pos ná*—remató el otro en tono filosófico.

Las señoritas de Madrid se acercaban; habían venido allí con un hermano *ético*, como decía la gente del campo, tuberculoso como dijeron los médicos, que se moría lentamente sin que de nada le sirvieran el clima adorable y los aires purísimos de aquellos sitios; las chicas se aburrían en aquel lugar, y el hermano las incitaba á que se distrajesen, y no perdían faena campestre, por nimia que fuera, ni fiesta del pueblo, por lugareña que resultara; luego contaban al enfermo lo visto, adornándolo con detalles y observaciones, y era la distracción favorita del pobre condenado á muerte, á la muerte lenta y terrible de la tisis.

Al llegar á la era ya estaba de pie el *Cortijerito*; adelantóse bruscamente y alzándose el ancho sombrero preguntó por el señorito Pepe, por su padre y la familia; luego dijo á los mozos que se iba á trillar; suavizó el suelo restregando el pie sobre los terrones, echó encima la chaqueta é hizo que se sentaran las señoritas. Carmela, más impresionable que la otra, miraba con admiración las faenas de aquel hombre rudo, y en su corazón se despertaba la sospecha de que quizás aquellas atenciones fuesen para ella, porque sorprendió al *Cortijerito* en diversas ocasiones fijos los ojos en su semblante y con una nube de melancolía suprema en la bronceada y franca fisonomía. La otra, María, que no podía olvidar los salones de la corte, veía tan sólo en Antonio Chaves un criado distinguido, hombre que atendía en el campo, si bien con cierta superioridad; pero que olvidaría al día siguiente de llegar á Madrid, y que no se cuidaría de saludar si lo distinguiera desde los almohadones de su coche, mirando atortolado, como buen paleto, el bullicio vertiginoso de las calles de la corte.

—A ver. Tobalo, dá dos vueltas á la parva pa ponerla lisa—mandó con breve voz el Cortijerito.

Pisó el mozo la tabla curvada, apoyó los pies sobre las suelas que hay pegadas á la madera, restralló el látigo y empezaron los mulos á correr, describiendo círculos sobre las gavillas y hundiendo los cascos entre las espigas. Tobalo, echado atrás, chasqueaba la tralla, por cima de la cabeza, y á la segunda vuelta entonó con la melodía singular, melancólica y prolongada de los cantos de trilla, la copla siguiente:

La mujer del alcalde
de Alhaurinejo
pesa cincuenta arrobas
sin el pellejo.

—*Cuidiaito* con las coplas—objetó Antonio Chaves;—á ver si *vos* escapa alguna *barbaridá*.

Callóse el mozo y siguió dando vueltas; las madrileñas veían aquello con curiosidad mezclada de algo de admiración; Carmela lo sentía, María lo observaba

Por fin, dijo Chaves que estaba bien; detúvose el otro y pisó el trillo el Cortijerito; irguió el busto, restralló con estrépito el látigo y un *arria, Torrillo, ré, Gallardo*, puso los mulos en marcha; el talle del mancebo se cimbreaba con los saltos del trillo, el sombrero cayendo hacia atrás hizo ver su pelo enmarañado, y un rayo de sol, al chocar en su frente, hizo aparecer como brillantes las gotas de sudor que por ella caían.

Llegaron las mozas campesinas y saludaron á las madrileñas con cierto respeto envidioso; colocáronse al lado de aquellas los mozos sus amigos, y Chaves, parando en seco, detúvose ante Carmela y María.

—¿Quién *quié* trillar conmigo?—preguntó sin alzar los ojos del suelo.

Ruborizóse levemente Carmela y vaciló; su hermana dió un salto y púsose al lado del Cortijerito; este le indicó que se agarrase bien, y una vez que la tuvo ceñida, soltó dos latigazos á los mulos y comenzó la carrera.

El sol caía ya; la parva se hacía más dorada; los aviones cruzaban chillando por el cielo, y allá de lo inmenso del mar llegaban los silbidos potentes de un vapor que se acercaba, Carmela pensaba que iba á tocarle su vez, y se extremecía al considerar que tenía que ceñir con su brazo la cintura del campesino, que quizá ansiaba el momento; quisiera ella estar muy lejos, pero cuando acordó el trillo estaba parado delante, y oyó la voz del Cortijerito que la invitaba, entre el escándalo y los celos de las mozas del campo. Levantóse y se acercó pálida.

—No hay de que tener *mieo*, señorita Carmela—dijo Antonio Chaves con voz brusca;—agárrese *usté* bien á mi cintura y vamos allá; esto no es lo *mesmo* que andar en coche, pero *tó* es acostumbrarse.

Puso Carmela los pies sobre el trillo; agarróse á la cintura con timidez.

—Apriete *usté* más—dijo el Cortijerito, —se *vasté* á caer sinó.

Rodeó ya el brazo Carmela á la cintura del campesino, y cuando partió la tabla, sintió como un mareo que de su ser se apoderaba; al verse girar en aquella superficie fugaz que volaba sobre las gavillas, al verse abrazada al robusto cuerpo del trillador, un rasgo de pudor asaltó su imaginación, y hubiera querido desligarse y volver á su sitio; pero no pudo: la tabla volaba, por cima de su cabeza crujía el látigo, y sintió ensancharse el pecho que ceñía con su brazo y oyó la voz del Cortijerito que cantaba:

Yo tenía un corazón
y se lo dí á una mujer,
que lo tiene hecho girones
de jugar tanto con él

Entonces Carmela sintió una especie de desvanecimiento; el polvillo de la paja la embriagaba; las vueltas vertiginosas del trillo hiciéronle perder la cabeza; quiso hablar y no pudo, y aturdida cayó hacia atrás, arrastrando á Antonio Chaves; al comprender que la señorita se caía dió media vuelta y la detuvo en el aire; pero perdió el equilibrio y ambos cayeros abrazados sobre la parva, hundiéndose entre las espigas medio trituradas, color de oro.

Ella levantóse pálida; él, por el contrario, rojo; siguió la trilla; las señoritas de Madrid se fueron porque se hacía tarde, y el Cortijerito las acompañó á su hacienda, dejando á sus amigos el cuidado de atender á las demás. Durante el camino no habló una palabra, ni Carmela tampoco; María los miraba sonriendo y habló por los tres; al fin y al cabo, la una era el sentimiento, la otra la observación.

. . . . . .

Y ahora, muchos años después, cuando Antonio Chaves, viejo y ya con canas, ve como trillan sus hijos y sus mozos en las tardes doradas de Junio, mientras oye el potente silbar de los vapores allá en el mar azul, piensa en las señoritas de Madrid, que no volvió á ver, ni de ellas supo jamás desde la muerte del tísico, y recuerda, extremeciéndose nerviosamente, aquella tarde y aquel abrazo, digno de ser cantado por Virgilio.

Juan Guillén y Sotelo.

DE SOCIEDAD

Ha salido para la Corte el ex senador D. Justo Aznar y Butigieg.

—

En el tren correo de ayer regresó de Madrid nuestro querido amigo el ex-alcalde de esta ciudad D. José Antonio Sánchez Arias.

Bien venido

—

También ha regresado de París y Madrid el Director Gerente de la compañía de Ensanche y Saneamiento, nuestro amigo D. Diego Cánovas.

—

Ha regresado de Cádiz nuestro querido amigo el teniente de Infantería de Marina, D. Joaquín Carlos Roca.

—

Para atender á su curación se le ha concedido un més de licencia á nuestro querido amigo y paisano el contador de navío D. José Gómez Cánovas.

Celebraremos su pronto restablecimiento.

A cubrir bajas

Ayer tarde en el tren mixto andaluz que sale de esta á las diez y nueve salieron para Málaga, en donde embarcarán para ir á Melilla con objeto de cubrir bajas en el Ejército de operaciones los ciento cincuenta soldados que fueron sorteados de los regimientos de España y Sevilla que guarnecen esta plaza.

A despedir á estos defensores de la Patria acudió á la estación férrea un numeroso público y al bajar de sus respectivos cuarteles los soldados acompañados por sus compañeros de armas y bandas de música, el pueblo vitoreó á España y su Ejército.

El Excmo. Gobernador Militar de esta plaza, Sr. Ordóñez, el General de brigada Sr. Pérez Ballesteros y numerosas comisiones de todos los cuerpos del Ejército y Armada de esta plaza despidieron á los soldados en el andén

Una comisión de damas de la asociación de la Cruz Roja presidida por la señora doña Rafaela Cano, viuda del general Pastor, en la que figuraban Doña Mónica Mollá, viuda de Ortiz, Doña Victoria Arnaez, Doña Josefa Ruiz de Clares, Doña Adriana Peñafiel de Casado, Doña Francisca Fernández y las bellísimas señoritas Anita Anaya y Encarnación Tamayo, repartieron entre los expedicionarios medallas y escapularios que agradecían los soldados y vitoreaban á las damas.

El Ayuntamiento obsequió á los dichos con paquetillos de cigarros y el socorro que tiene acordado.

Al partir el tren las bandas de música tocaron la marcha Real; los vivas se reprodujeron con gran entusiasmo y los soldados desde sus respectivos carruajes daban estruendosos vivas á España, al Ejército y á Cartagena.

Buen viaje y que retornen pronto cubiertos de gloria.

NOTAS ALEGRES

Actualidades

Si esto sigue así no vamos á tener seguras las pantorrillas y nos vamos á ver precisados de colgarnoslas al hombro.

Los perros participando indudablemente de ese malestar general que por todas partes reina, se acuerdan que para algo más que para comer tienen sus dientes y colmillos y cuando más descuidado anda uno por esas calles y plaza se vé acometido por un can grande ó pequeño que «incrusta» los dientes en donde mejor le parece.

Ayer un perrito que en gran estima tenían sus dueños se enfureció y mordió á toda la familia sin acordarse que casi lo habían amamantado.

Y no es esto todo lo peor, sino que alguno de esos animalitos se encuentran en estado de hidrofobia y figurense ustedes el pánico que reina.

Nada, que si el Alcalde no ordena un reparto general de la morcilla que se confecciona en el Laboratorio Municipal, y que todos los perros que tengan dueños ó «padres» reconocidos lleven el correspondiente bozo, nos vamos á ver obligados á transitar por la población y sus alrededores en aeroplanos ó en automóviles.

Y eso es un imposible.

⁂

¡Qué bellísima es! ¡Qué encantadora
al despuntar la aurora!
El bosque por su reina la proclama.
El agua juguetona
moviendo piedrecillas,
borda de florecillas
el apacible prado,
y el Ruiseñor canoro,
de admiración henchido,
con dulce melodía
llena grato el espacio de alegría,
y por colmo, Señora, el sol fulgente
viene después á coronar su frente.
Los Robles poderosos
sus brazos jigantescos estendiendo,
y con la añosa encina compitiendo,
fijan para doseles
robustísimos troncos que cubrieron
Aguilas poderosas que vinieron
del Africa vecina,
y copia inmensa de laurel trajeron.
Así contra la furia bramadora
de tempestá indomable
la dulce flor en trono incontrastable
se muestra encantadora,
¿Sabes quién es la flor Reina y Señora?
La segunda Isabel.
¿Quién el bosque frondoso y fértil llano?

El pueblo Castellano.
¿Quién el agua que todo lo fecunda?
Tu caridad profunda.
¿Quieres saber quién son los Ruiseñores?
Son los frutos que hallaste Reina mia
en el dulce pensil de tus amores.
¿Quién será pues el Sol con sus fulgores?
La bendición del cielo soberano,
que protegiendo en ti la Patria mia,
alumbre alegre en sempiterno dia
el Lábaro del Pueblo Castellano.

† Angel de la Cuesta.

1862.

SONETO

Al eminente poeta D. Antonio Bienert, en la representación de su drama Mendozas y Carvajales.

Bravos y aplausos á tu hermoso drama
Hoy Cartagena con placer ofrece;
Y en verdad que tu genio se merece
Gloria y honores, bienestar y fama.
Brilla en tu frente la ardorosa llama
Que en los grandes ingenios resplandece,
Y en artística lid se robustece
El vivo fuego que tu mente inflama.
Conmueve y arrebata las pasiones
El sentimiento que tu drama llena
y que dá colorido á tus creaciones;
Y le concede la razón serena
Un puesto entre las buenas producciones
Que dieron honra á la española escena.

† Andrés Soler Galindo.

1879.

Redención

Dichosos los que gozais
de fortuna los favores
y entre plácidos fulgores
lo que es amargo endulzais.

Dichoso aquel que nacido
por las auras del amor,
hacia edén embriagador
es por hadas conducido.

Dichoso sí, el que libando
la gaya flor del placer,
es feliz á su entender
los idilios despreciando.